

SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA, BELLA Y UN POCO MUNDANA, UN DÍA EL DIVINO NIÑO LE GIRÓ EL ROSTRO



La voz de Santa Catalina de Alejandría fue una de las escuchadas por Santa Juana de Arco en sus revelaciones.

Redacción (25/11/2023, Gaudium Press) Santa Catalina de Alejandría nace en esa gran ciudad mediterránea en la segunda mitad del S. III., en el corazón de Egipto. Ella brotaba de un tronco de noble alcurnia.

Descendía de una familia de abolengo y se distinguía por su inteligencia, erudición y belleza. Muchos ricos y nobles pretendientes pedían su mano. Y la madre y los parientes trataban de convencerla para que se casara, pues Catalina no se decidía y decía a sus allegados: “Si quieren que me case entonces encuéntrame alguien que me iguale en hermosura y erudición.”

Pero un día Dios hizo que Catalina conociera a un anacoreta, hombre inteligente y de vida ejemplar. Examinando con Catalina los méritos de sus pretendientes el anacoreta dijo:

– Yo conozco al Novio que es

superior en todo a ti. No hay nadie igual.

Después el Anacoreta le dio un icono de la Santísima Virgen, prometiendo que Ella ayudaría a Catalina a ver al Singular Novio. Durante la próxima noche, adormecida Catalina vio a la Reina Celestial rodeada de ángeles parada delante de ella con el Niño que resplandecía como el sol. Fueron vanos los esfuerzos de Catalina para ver su rostro. Él se daba vuelta.

– No desprecies a Tu creación – pedía la Madre de Dios a su Hijo – dile lo que tiene que hacer para ver tu imagen brillante, tu Rostro.

– Que regrese y pregunte al Anacoreta – contestó el Niño.

Este singular sueño asombró a la joven.

Ni bien amaneció, fue a ver al anacoreta, se arrodilló a sus pies y pidió consejo. El anacoreta le explicó detalladamente sobre la verdadera fe, el paraíso y la vida en el paraíso de los justos y acerca de la perdición de los pecadores. La sabia joven comprendió la superioridad de la fe cristiana sobre la pagana. Creyó en Jesucristo como el Hijo de Dios y se bautizó. Y entonces la luz divina entró en ella y la llenó de alegría.

Cuando Catalina regresó a su casa con su alma renovada, rezó durante mucho tiempo agradeciendo a Dios por la gracia otorgada.

Durante la oración una vez más se quedó dormida y vio nuevamente a la Madre de Dios. Ahora el Niño Divino la miraba con benevolencia. La Santísima Virgen tomó la mano derecha de la joven y el Niño le puso un maravilloso anillo, diciendo, casi que como orden:

– No tengas otro novio terrenal.

Catalina comprendió que a partir de este momento ella estaba comprometida con Cristo y se despertó con mayor alegría en su corazón. A partir de este sueño ella cambió completamente. Se hizo humilde, benévola y amable. Empezó a rezar a Dios frecuentemente pidiendo su guía y ayuda. Única meta que la entusiasmaba: vivir para Cristo.

Maximiano la intenta hacer pagana, finalmente la mata

Poco tiempo después vino a Alejandría Maximiano (años 286-305) co-emperador con Diocleciano, y fueron enviados mensajeros a las ciudades de Egipto para invitar al pueblo a una fiesta en honor de dioses paganos. Catalina estaba muy triste porque el emperador, en vez de ayudar a instruir al pueblo, extendía la superstición pagana. Cuando llegó el día de la fiesta ella fue al templo pagano, donde estaban reunidos sus sacerdotes, la nobleza y el pueblo y dijo sin miedo al emperador:

– ¡Emperador!, ¿no te da vergüenza orar a los repugnantes ídolos? Conoce al verdadero Dios eterno e infinito. Por Él apareció el universo y los reyes reinan. Él bajó a la tierra y se hizo hombre para nuestra salvación.

Maximiano se enojó con Catalina por la falta de respeto hacia la dignidad imperial y ordenó encarcelarla. Después, dio instrucciones a eruditos para que intentaran convencer a Catalina de la autenticidad de la religión pagana. Durante varios días ellos expusieron diferentes argumentos en pro de la religión pagana, pero Catalina los vencía con su lógica, y con sus razonamientos les demostraba que no tenían razón. Concluía que solamente puede existir un Sabio, Creador de todo, quien con sus perfecciones se eleva infinitamente sobre los dioses paganos.

Finalmente, los sabios paganos tuvieron que admitir que habían caído bajo el peso de los argumentos imbatibles de Catalina. Sin embargo, al sufrir la derrota sobre el campo intelectual, Maximiano no cejó en su intención de convencer a Catalina. La llamó y trató de seducirla con regalos, promesas de favores y gloria. Pero Catalina no se dejó seducir.

Maximiano tuvo que ausentarse de la ciudad por un corto período. Su esposa, la emperatriz Augusta, que escuchó mucho sobre la sabiduría de Catalina, quiso verla. Se encontró con ella y, habiéndola escuchado, se hizo cristiana. Cuando Maximiano regresó a Alejandría llamó nuevamente a Catalina. Esta vez se quitó su máscara de benevolencia y empezó a amenazarla con torturas y muerte. Después mandó traer unas ruedas con sierras y ordenó matarla de horrible manera. Pero, ni bien empezaron las torturas, una fuerza invisible rompió el instrumento de tortura

y santa Catalina salió ilesa. Cuando la emperatriz Augusta supo lo que pasó, vino a ver a su esposo y le reprochó que pretendiera él desafiar al mismo Dios. El emperador se enfureció por la intervención de su esposa y ordenó matarla ahí mismo. Al otro día Maximiano llamó a Catalina por última vez y le ofreció ser su esposa, prometiendo todos los bienes materiales. Pero Santa Catalina no quiso saber nada. Viendo la inutilidad de todos sus esfuerzos el emperador ordenó matarla y un guerrero la decapitó.

En el 527 el emperador Justiniano construye un monasterio para los ermitaños del Sinaí. Hasta allá se llevaron las reliquias de la santa, en siglos posteriores.

Fue muy popular su devoción en la Edad Media. Fue la de ella una de las voces escuchadas por Santa Juana de Arco en sus revelaciones. Bossuet le dedicó uno de sus más reconocidos elogios.

Con información de El Testigo Fiel